

municipales necesarios para su habitabilidad. En el 1965 su produce su venta a Saura. Todo esto son datos conocidos. Tal vez lo que aquí me corresponde poner de relieve es la valoración de la impronta de Ruano en la cultura provincial, si no los quince años de su “semi atemporal” estancia, sí sus primeros momentos, aquellos en los que coincide con Gabriel Juliá, de quien, familiarmente sería íntimo amigo, como bien recoge tanto en su diario como en las diversas y destacadas referencias que hace del mismo en varios de sus artículos publicados en Arriba, El Español, La Vanguardia y Ofensiva.

Lo primero que hay que decir es que a pesar de la buena disposición de Federico Muelas con respecto a la dinamización cultural de Cuenca insinuadas o alentadas por Juliá, no es precisamente en él en quien recae la fuerza de sus apoyos y hasta decisiones. A Juliá, como recién llegado de Barcelona y teniendo presente que en algún momento tendrá que regresar a la Ciudad Condal, le importa más la propaganda exterior de la provincia que la interior. Más los turistas que llegan y que posteriormente propagan los valores naturales o históricos de Cuenca que los hijos de la misma que retornan y en la prensa interna comentan el día a día. Como bien sabemos Muelas por estas fechas ha iniciado en Ofensiva sus largas series de artículos, “Mi alma en mi almena” o “Moliendo y amolando”, en los que hay un respeto absoluto a la figura de Juliá, cosa que no sucederá con otras personalidades. Y que publica casi todo lo que escribe sobre Cuenca en la prensa de Cuenca, para entre 1953 y 1957, desaparece su firma tras el enfrentamiento con el director de Ofensiva Miguel de la Hoz.

Es por tanto Ruano el referente de Juliá, cara al exterior. Y en buena medida también alza un puente con el interior cultural. Referente cultural que en bastantes momentos cumple la misma función que viene haciendo Muelas, cual es la de traer a diversas personalidades a la ciudad; y soporte este que reiteradamente se alude como mérito en otras muchas biografías y que fructificará de manera especial en el ámbito de la pintura en los años sesenta. Pero uno de los impulsos más representativos de la presencia de Ruano lo recibirá la tertulia del Café Colón. Tertulia de la que tampoco nos corresponde historiar aquí, y de la que sería bien necesario que quienes más y mejor han escrito acerca de la misma, los profesores Priego y Silva, pudieran completar un amplio estudio individualizado. A mi modo de ver, más que hablar de sus habituales, aquí debería de centrarme tan sólo en su significado. Pero no quiero dejar de recordar sus inicios con los profesores del instituto, en 1944, a las que se suman Eduardo de la Rica y Andrés Vaca, Pilar Romero y Agustín Carretero, el doctor José Cerrada, Carmen Diamante, Juan Ramón de Luz, los hermanos Zomeño, el notario Hoyos entre otros y a partir de 1951, la presencia de Ruano como algo sustancial, pues entre otras cosas es en el café de Carreterías donde hace su nido de escritura, a imagen del Gijón madrileño. Sin programa estético predeterminado, las aportaciones personales fueron su guía. Tal vez la revista El Molino de Papel, que inicia su viaje en 1955, con Eduardo de la Rica, Miguel Valdivieso, Amable Cuenca y Andrés Vaca Page, y luego con Raúl Torres, son un exponente significativo de aquel panorama, como también puede otearse tras el espíritu emprendedor de Crespo, Carriedo y Muelas en El Pájaro de Paja. Una de las aportaciones de la tertulia del Café Colón es que en ella cohabitan sentires y gustos distintos y abiertos, que confluyen y se entienden, y que por ser una pequeña provincia conviven. Estas afinidades miran hacia dentro pero del mismo modo son testigo de visiones y recuerdos exteriores, posiblemente más en lo temporal que en lo espacial: De la Rica (con padre fusilado), el médico Cerrada en la cárcel por comunista, con su mujer en sugerido pasado con la Barraca lorquiana, Valdivieso confesado guillenista por estas fechas en el exilio. Esos sentires, sin duda, implican lecturas, pensamientos, actitudes, contactos, en suma, decisiones artísticas. Si en el campo poético se hallan los modelos garcilasistas de la posguerra con temática religiosa, geográfica y humana, también se aprecian los modos aperturistas de las revistas señaladas, en consonancia con la esencia estética de los modos del 27, de la rehumanización, del latido social y hasta de la imagen surrealista. En el terreno de lo pictórico y hasta de la escultura también podrían encontrarse entre sus contertulios referencias hacia lo figurativo con Roibal, De la Vega, Goñi, Fausto, Brieva que no dejarán de estilizar su trazo impresionista o el expresionismo en colores y en tonos planos. No parece, sin embargo, que a su calor se incubase el futuro estallido pictórico, la abstracción. En sus asertos de charla y pareceres este concepto define su frontera estética, y la aceptación del mismo habría que buscarlo en otras tertulias más hogareñas de los años sesenta donde la referencia de nada menos que París está en sus itinerarios: pienso en Saura, Miralles, Torner, Pérez, Viola, o incluso en algunas de las propuestas de la editorial de El Toro de Barro. Como es bien conocido Catalá Roca realizó alguna fotografía inmortalizando dicha tertulia en los años en los que colaborase en una extraordinaria guía turística, propiciada también por Juliá y con textos de Ruano. Y al calor también de la tertulia cabría ubicar los inicios o